

Guerra en el Cielo (Una Analogía)

Por Charles H. Welch

Traducción Juan Luis Molina

Retirado de bibleunderstanding.com

Artículos de *El Expositor de Berea*

Título original: **War in Heaven**

El Campo de Batalla

En este artículo inicial debemos explicar el cuadro general de la serie, y el objetivo que tenemos en vista.

Por detrás de toda enemistad que pertenece al mundo de la historia humana, reside la más grande y profunda enemistad que existe en el mundo espiritual. En estos estudios intentaremos examinar de cerca este *conflicto de las edades*, y procuraremos descubrir los respectivos objetivos que las partes del conflicto tienen en vista. Obtendremos mucha iluminación colateral sobre este nuestro tema examinando la historia de Israel; y, en las demandas hechas sobre los ciudadanos leales de un reino terrenal, descubriremos algunas analogías a las demandas hechas por el Capitán de nuestra salvación. En el lado negativo, aprenderemos bastante acerca del carácter del gran Enemigo, estudiando los cursos de vida de hombres tales como el Faraón, Abimelec, Saúl, Nabucodonosor y Senaquerib. También nos servirá de ayuda considerar los acontecimientos asociados con el Éxodo desde Egipto, el Jordán, Jericó, las conquistas bajo el mando de Josué, y el registro del *vencedor* Caleb. Además, percibiremos bien la relación que los *tres grandes llamamientos* aportan a este conflicto de las edades, y particularmente el de la dispensación del *Misterio*.

Será también necesario examinar “las armas de nuestra batalla”, tanto las defensivas como la de ataque, y debemos aprender con quién, y con

quién no, debemos emplearlas y pelear. Además, la naturaleza de la victoria final debe ser incluida en nuestra examinación, así como un entendimiento de la naturaleza esencial de la paz espiritual. Habrá también muchas señaladas lecciones a ser aprendidas de las condiciones, limitaciones y demandas impuestas sobre el mundo por motivo del presente conflicto, cuando comparadas con las correspondientes condiciones, limitaciones y demandas que conciernen al “buen soldado de Jesucristo”.

Si podemos lograr este propósito, sentimos que, en un cierto grado, por pequeño que sea, habremos “redimido el tiempo” y vuelto el actual conflicto que se lleva a cabo para nuestra ventaja y provecho espiritual. Hemos adoptado las palabras de Apocalipsis 12:7 como el título de la serie, pues sentimos que en esta “Guerra en el cielo”, en la cual Miguel y sus ángeles batallan contra el Diablo y sus ángeles, se refleja en el conflicto que arrecia sobre la tierra.

En el Libro de Reyes, cuando el siervo del hombre de Dios vio las huestes de carros y caballos que asediaban la ciudad, gritó: “¡Ah, Señor mío, ¿qué haremos?! (2ª Reyes 6:15). El muchacho no veía otra cosa sino tan solo el asedio alrededor de las huestes de los Sirios, sin embargo, su maestro, Eliseo, contemplaba las huestes celestiales también, y le contestó: “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos” (2ª Reyes 6:16). Si es que esta declaración fue por el muchacho recibida sin prueba alguna o argumentos, no lo sabemos. No en tanto, leemos, que Eliseo “oró” diciendo: “Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea”, y como resultado el muchacho: “Miró, y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2ª Reyes 6:17).

Hay una analogía, creemos nosotros, entre la batalla terrenal y la celestial, y si el Señor nos abre nuestros ojos para *mirar*, seremos también capaces de percibir este más que instructivo paralelo. No en tanto, antes que podamos venir a apreciar esta analogía y extraigamos las provechosas lecciones de las condiciones que se nos imponen para entablar el presente conflicto, será necesario llegar a estar al tanto y familiarizados con la enseñanza de la Escritura respecto a la batalla espiritual que tiene lugar continuamente, tanto si las condiciones al tiempo sean las de “paz”, como si son de “guerra”. Este, por tanto, debe ser nuestro primer cometido. Después de haber examinado el conflicto de las edades y percibido algo de

su carácter, podremos entonces hacer nuestras comparaciones de manera provechosa. De momento, la analogía tiene que aguardar, e irá apareciendo a medida que nos vayamos familiarizando con la enseñanza de la Escritura. Es evidente por la Escritura que el hombre no fue quien originó la enemistad y conflicto que invaden su dominio, y nuestra primera cuestión debe ser descubrir quiénes sean los principales antagonistas en este vasto conflicto en el cual se halla envuelto.

Esta palabra de apertura, por tanto, será suficiente como introducción a este gran tema, y como una indicación de la línea de estudio que esperamos perseguir. Estamos sinceramente confiados que, como resultado de venir a estar más íntimamente familiarizados con la naturaleza, condiciones, y el final de este gran conflicto espiritual, el lector vendrá a estar mejor equipado para “estar firme en el día malo”, y será consolado y ayudado durante los días de tinieblas que van descendiendo sobre las naciones contendientes y en guerra.

El Enemigo

Encontramos referencias a un “enemigo” de una u otra forma en treinta de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento castellano, y en trece de los veintisiete libros del Nuevo Testamento. Si ampliásemos el cuadro para incluir en él todas las referencias a *enemistad, lucha, contención, guerra, batalla, armas y armadura*, tendríamos entonces que incluir una más larga proporción a los libros de ambos Testamentos.

Hay no en tanto *un enemigo* que sobresale por encima de todos los demás, y que antecede a todos ellos: “El enemigo...es el diablo” (Mateo 13:39). También llamado: “La vieja (o anciana) serpiente, llamada el Diablo, y Satanás” (Apoc.12:9 y 20:2). El “Diablo” del Nuevo Testamento es el “Satán” del Antiguo Testamento, y ambos son títulos de aquel que es conocido como “La anciana Serpiente”. Ahora bien, la “serpiente” es la única que engañó a Eva en el jardín del Edén (2ª Corintios 11:3), y consecuentemente debe tanto haberse introducido en la presente creación, así como haber pertenecido originalmente a la más temprana creación, la cual, como sabemos, desapareció antes del advenimiento de aquella otra y actual creación de la cual se pronunció ser: “buena en gran manera”.

Por el propio testimonio del Señor aprendemos que el diablo fue “un homicida” desde el principio y que “no permaneció en la verdad” (Juan 8:44). “Es mentiroso, y padre de mentira”. Engaños, artimañas, sutilezas, la astucia de la serpiente, combinado con la ferocidad del león rugiente, y el engañoso semblante de un ángel de luz, comportan su perverso equipamiento para la terrible batalla.

A Satán se representa como un alto y gran dignatario, de tal rango que ni tan siquiera Miguel se atreve a pronunciar contra él ningún “juicio de maldición” (Judas 9). Es llamado: “El príncipe de este mundo”, “el príncipe de la potestad del aire”, y “El dios de esta era”. Bajo su control se hallan sus “ángeles” (Apoc.12:7), y se representa como habiendo caído del cielo, arrastrando con él “una tercera parte de las estrellas” (Apoc.12:4), que, en el libro del Apocalipsis, representan “ángeles” (Apoc.1:20).

Al tiempo del advenimiento de nuestro Señor, los reinos de este mundo y la gloria de ellos estaban bajo la potestad de Satanás (Lucas 4:6, 7); y la oferta para transferir dicha potestad y soberanía al Salvador, por un acto de “adoración”, revela el corazón del terrible antagonismo que corre a través de los registros escriturales. Junto con otros “hijos de Dios”, Satanás tuvo acceso al trono de Dios y ejercitó un terrible y extensivo poder sobre el hombre y sus asuntos vitales, tal como el registro de Job nos revela.

Una vez que es impensable que Dios, Quien está apartado de toda iniquidad, y Cuya propia esencia es la santidad, pudiese haber creado al homicida y mentiroso que sabemos llegó a ser Satán “desde el principio”, deben procurarse algunas explicaciones de la existencia y presencia de un tal ser actuando como el tentador en el jardín del Edén. El nombramiento de dicho jardín nos pone en nuestras manos la llave, pues el profeta Ezequiel nos revela un ser que era “perfecto” desde el día en que fue creado, “lleno de sabiduría y perfecto en hermosura”, y, en lo que afecta al punto para nuestra presente cuestión, él ya *había “estado en el Edén, el jardín de Dios”* (Ezequiel 28:11-15). Ninguna otra criatura, aparte de Adán y Eva y la serpiente, se registra como habiendo “estado en el Edén, el jardín de Dios”. Este “siervo”, o *nachash*, como es la palabra Hebrea, significa, “el resplandeciente”, y la descripción de Ezequiel 13 comporta plenamente esta descripción. Además, en correspondencia estructural y directa relación a la obra de la serpiente en Génesis 3, aparece el “Querubín”, y por un relance a Ezequiel 28:16, vendremos a saber que este

título perteneció en otro tiempo a Satanás, pues en Ezequiel 28:16 es nombrado como el “querubín protector”.

En 2ª Pedro 3:5 y 6 se indica que antes del presente mundo Adámico, que fue “creado y hecho” en seis días, con especial referencia a la humanidad, ya hubo en existencia otro “mundo”, el cual pasó, pereció. Esto se subentiende en Génesis 1:2, donde nos encontramos el caos y las tinieblas cubriendo la tierra. A este periodo se refiere el Apóstol en Efesios 1:4, cuando habla de “la fundación” del mundo, y el mundo *katabole* y su cognitivo, significando una “caída” o en “ruina”.

El hombre por tanto nunca ha llegado a conocer lo que sea vivir en un mundo realmente en paz. Ya existía un estado de guerra antes que Adán fuese creado, y este *cabeza de una nueva raza*, fue inmediatamente el sujeto de su ataque, tentación y engaño, y sucumbió. Cuando miramos a un niño pequeño, nacido en un mundo embreñado en guerra, no hacemos otra cosa que ver un cuadro apropiado de toda la humanidad. Las guerras se suceden a su alrededor, se introducen en su hogar, su corazón y todo su ser. El pecado y la muerte ya estaban campeando sobre la tierra, antes siquiera de haber aprendido a andar y emprender su breve camino. El hombre que no es salvo es muy a menudo herramienta inconsciente del gran adversario, y, si se aleja en sus pasos por un momento de su posición “en Cristo”, el creyente, también, es susceptible de ser atacado. Pero “no somos ignorantes de sus artimañas”, escribió el Apóstol, y si estos artículos abren los ojos de alguno, tanto a la natura del enemigo en sí, como del conflicto en el cual estamos envueltos, nuestra labor no habrá sido en vano.

Los objetivos en vista del enemigo: “Dominio” y “Adoración”

Hemos visto por la enseñanza de la Escritura que el gran enemigo, el principal antagonista en este gran conflicto de las edades, es Satanás. No precisamos ser doctos en la materia para llegar a la conclusión de que, si hay partes contrarias, cada una debe permanecer en su extremo. Aunque una persona permaneciese el día entero en el mercado, ningún hombre podría ser un “vendedor”, a menos que otro venga con el título de un “comprador”. Ahora bien, eliminar la idea del “esposo” y pensar tan solamente de la idea de la “esposa”, es por consiguiente forzar una imposibilidad. Las dos ideas tienen que estar siempre presentes para que

cualquiera de ellas pueda concebirse como existente. De igual modo, también es imposible, para Satán, ser un enemigo o antagonista, sin la existencia de algún otro poder o ser oponente a dicho ser. Cuando leemos “Hubo guerra en el cielo” encontramos que Miguel y sus ángeles están luchando, contra el Diablo y sus ángeles. Al tiempo de la actual revelación del Señor Jesucristo, vemos:

- El cielo abierto, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea (Apoc.19:11).

El Salmista también vio este apocalipsis por anticipado, pues dijo:

- Ciñe Tu espada sobre Tu muslo, oh Todopoderoso, con Tu gloria y Tu majestad. Y en Tu majestad cabalga y prospera por causa de la verdad, y la mansedumbre, y la justicia; Tu diestra te enseñará cosas terribles. Tus saetas son afiladas en el corazón de los enemigos del rey; por lo cual la gente se postra ante Ti. Tu trono, oh Dios, es por las eras y eras.

De igual modo habla el profeta Zacarías del mismo gran adviento:

- He aquí, tu Rey vendrá a ti...y de Efraín destruiré sus arcos, y los caballos de Jerusalén...y Su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta el fin de la tierra” (Zacarías 9:9, 10).
- Después saldrá Jehová y peleará contra aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán Sus pies aquel día sobre el Monte de los Olivos (Zacarías 14:3, 4).

No iremos aquí a multiplicar más referencias al hecho. El lector puede por sí encontrar alusiones a la batalla y a la guerra, en asociación con el mismo Dios, a través de las Escrituras. El gran título: “El Señor (o Jehová) de los ejércitos” es en sí mismo una referencia muy significativa al conflicto que mantienen las dos partes opuestas.

Hay además un segundo motivo por el cual se citan los pasajes anteriores, puesto que, junto a la enseñanza que se nos ofrece de que el Señor Mismo está envuelto en esta gran batalla, se nos indican además algunos de Sus objetivos. En versículos posteriores de los que ya hemos citado aparecen las palabras:

- De Su boca sale una espada aguda...y tiene en Sus vestiduras y en Su muslo un nombre escrito REY DE REYES, Y SEÑOR DE SEÑORES (Apoc. 19:15, 16).

El pasaje citado anteriormente del Salmo 45 incluye lo referido al Hijo, “Tu trono, Oh Dios, es para los siglos de los siglos” (Salmo 45:6). De igual modo Zacarías 9:10 declara. “su dominio será de mar a mar”. La primera cosa que se dice después de la creación de Adán a la imagen y semejanza de Dios es. “Y señoree” (Génesis 1:26) esta idea se expande en el Salmo 8:

- Le hiciste *señorear* sobre las obras de Tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies (Salmo 8:6).

Las palabras, “todo lo pusiste debajo de sus pies” tan solo hallan su cumplimiento en Cristo.

En Hebreos 2:8, 9 venimos a descubrir que el primer y gran paso hacia este glorioso final se dio en la cruz, donde Aquel Quien se destina al dominio universal, es visto, por el padecimiento de la muerte, coronado con gloria y honra. En Efesios 1:22, 23, como Cabeza de la Iglesia durante la dispensación del Misterio, vemos que la posición de tener “todas las cosas bajo Sus pies” se asocia con gloriosa ascensión y permanencia a la diestra de Dios.

Finalmente, cuando el objetivo ya está en vista, encontramos la expresión: “Todas las cosas bajo Sus pies”, asociada con la destrucción de la muerte, el último enemigo, cuando, he aquí, Dios venga por fin a ser “todo en todos” (1ª Cor.15:24-28).

Satán, como príncipe de este mundo que es, tiene, y procura mantener, el señorío sobre la tierra como el dios de esta era, pero además desea extender dicho dominio al corazón de los hombres, y de tal manera que le rindan, y él propio obtenga, su adoración. No tan solo querría sentarse sobre un trono, sino que desea además sentarse sobre el trono de Dios. Toda idolatría podrá ser trazada de vuelta al clímax del atentado de

usurpación, cuando nuestro Señor fue tentado en el desierto por Satán, quien trató de ofrecerle los reinos del mundo y sus glorias acompañantes si “se postrara y le adorase”. Este intento acabó en fracaso, como no podría dejar de ser, sin embargo, en el libro del Apocalipsis, aunque por tan solo un determinado tiempo, vemos que Satán logra por fin su objetivo, pues se declara: “Y adoraron al dragón” (Apoc.13:4).

Por estas escrituras bien podemos deducir algunas ideas en cuanto la causa y el propósito que hay por detrás del conflicto de las edades, y, consecuentemente, vendremos a ser conscientes que en dicho conflicto no hay lugar para un terreno neutral – O bien estamos firmes “por” el Señor, o “contra” Él.

Los Tipos de la Usurpación

Cuando leemos las benditas palabras: “El Señor Omnipotente reina”, sabemos bien que se refieren a Cristo, Aquel que nació en Belén, Quien vivió como un hombre, y Quien murió y volvió de nuevo a resucitar. Cuando de Satanás se dice que viene a ser adorado en Apocalipsis 13:4, su agente, la Bestia, que fue herido de muerte y se levantó de nuevo, es, de acuerdo al versículo 12, vuelto a adorar de nuevo. A través del despliegue o desarrollo de las eras o edades, siempre han ido apareciendo hombres reflejando en tipos y sombras este último “Hombre de Pecado e Hijo de Perdición” – El Faraón, por ejemplo, de la *Opresión* y del *Éxodo*, es uno de los tales. Este Faraón “no conocía” a José (Éxodo 1.8), y “no conocía” al Señor (Éxodo 5:2). Cuando el Señor se presentó ante el Faraón con Sus juicios, al mismo tiempo, también ejecutó Sus “juicios contra los dioses de Egipto”. Egipto no tan solo fue un opresor de Israel, sino que vino a ser una red de trampa, y, en más que un sentido, vemos bien que usurpó el lugar de Dios. Envolvió en sus trampas a Abraham y le causó engaño y pérdida (Génesis 12). A seguir al *Éxodo*, el pueblo de Israel, quiso volverse de corazón al territorio de su esclavitud; añoraban los “puerros, las cebollas y los ajos”, y se dijeron el uno al otro: “Elijamos un capitán, y regresemos a Egipto” (Números 14:4).

En tiempos subsecuentes, sus hijos volvieron también a confiar en Egipto. Isaías clamó:

- Ay de los hijos que se apartan...para descender a Egipto, y no han preguntado de Mi Boca; para fortalecerse con la fuerza de Faraón, y poner su esperanza en la sombra de Egipto. Pero la fuerza de Faraón se os cambiará en vergüenza, y el amparo en la sombra de Egipto en confusión (Isaías 30:1 - 3).
- Ay de los que descienden a Egipto por ayuda...los egipcios hombres son, y no Dios; y sus caballos carne, y no espíritu (Isaías 31:1, 3).

Aquí podemos ver que Egipto se presenta en dos distintos aspectos, tanto Opresor como Refugio. Esto, claro está, no representa dos distintas caras del Enemigo, sino esencialmente sus tácticas, dejándonos ver la inmovible estrategia y principal propósito del conflicto.

Cuando Israel fue redimido de Egipto y afirmado en su territorio siguió siendo el objeto del ataque de Satanás, y, en el libro de Jueces, hallamos este punto ejemplificado por otro aspecto de sus métodos. Cualquier creyente que esté familiarizado con el significado de los números en la Escritura, el hecho de que hubiera doce Jueces asignados divinamente más uno, haciendo un total de trece, y este usurpando esta autoridad sobre Israel, ha de sugerirnos un tipo del *perverso*. La parábola que Jotam pronunció como aviso a Israel ilumina el acto de Abimelec. En la parábola:

- Fueron una vez los árboles a elegir rey sobre sí, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros...y dijeron los árboles a la higuera: Anda tú, reina sobre nosotros...dijeron luego a la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros...dijeron entonces los árboles a la zarza: Anda, tú, reina sobre nosotros. Y la zarza respondió a los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid, albergaos bajo mi sombra; y si no, salga fuego de la zarza, y devore los cedros del Líbano (Jueces 9:8-16).

Bajo la figura del Olivo, la Higuera y la Vid, los privilegios religiosos de Israel, los nacionales y espirituales privilegios se renuncian en favor de

la nación apóstata bajo el Anticristo, el cual ha de traer la destrucción en su transcurso.

En los dos casos, del Faraón y Abimelec, el medio que se utiliza difiere, pero el resultado final es el mismo.

Saúl, el primer rey de Israel, nos provee otra lección sobre el mismo sujeto, Israel le dijo a Samuel: “Constitúyenos ahora un rey sobre nosotros” (1ª Samuel 8:5). El corazón del asunto se revela en la réplica que el Señor le da a la oración de Samuel:

- Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a Mí me han desechado, para que no reine sobre ellos (1ª Samuel 8:7).

El lector podrá suplementar este breve análisis a través de su propio estudio, y además podrá encontrarlo de manera más extensa en la serie titulada “LOS FUNDAMENTOS DE LA VERDAD DISPENSACIONAL”. Verá que los detalles adicionales así acumulados intensifican la impresión dejada por las palabras iniciales sobre el sujeto: “Me han repudiado a Mí, para que Yo no reine sobre ellos.” El lector habrá observado las palabras referentes a Egipto, que aunque eran simplemente “hombres” y no “Dios”, Israel, no obstante estaba resuelto en acudir a ellos por ayuda, y a confiar en “la sombra de Egipto”. Así sucede también con Abimelec, sirvió de prueba para la lealtad de los de Israel en esta sola declaración: “Si en verdad me unguis rey sobre vosotros, venid, albergaos bajo mi sombra”.

Cuando llegó el tiempo en el cual se traspasó el reino de Israel, y el Gentil ocupara a su vez el trono, vemos en Nabucodonosor un presagio más de la apuesta final de Satanás por el dominio universal. Después de su ascensión al trono, leemos que irguió una imagen en el valle de Dura y envió una proclamación, ordenando a todos los hombres a reunirse para su *dedicación*. La esencia del ataque de Satán a través del dominio Gentil se halla en la palabra “dedicación”. Nabucodonosor tuvo un sueño en el cual la totalidad del dominio Gentil viene a estar sujeta bajo la figura de una imagen, comenzando con una cabeza de oro, degenerando a través de plata,

bronce, y el hierro, hasta llegar al barro del alfarero; y la cual llega finalmente a ser destruida al tiempo del establecimiento del reino del Señor. Esto se registra en Daniel capítulos 2 y 3, ahí encontramos a este rey irguiendo una imagen hecha enteramente de oro, y llamando a todos los hombres para que atiendan a su dedicación, lo cual envuelve el “arrodillarse y la adoración” de la imagen bajo pena de destrucción en un horno ardiente. Aquí tenemos la dedicación en la adoración del “Estado” impuesto sobre el mundo, una adoración que toma el lugar de la adoración de Dios. Tres fieles repudiaron dicha adoración, como debe en todo tiempo ser hecho por los tales, hasta que el Señor Mismo reine en justicia.

En conexión con lo que llevamos visto hasta aquí, no deja de ser significativo que en Daniel 4 el dominio de Nabucodonosor se compare al de un gran árbol, que, entre otras cosas, fornece de “sombra” a las bestias del campo, poniendo así a Nabucodonosor en línea con el Faraón y Abimelec en sus respectivas usurpaciones de la divina prerrogativa.

En todas estas características hay una cosa que es constante. La obra impuesta sobre la mente del hombre para “escoger” (como ciegamente se imagina) sus propias reglas, cuyas reglas usurpan siempre el lugar que tan solo Dios debería ocupar. Esto ha de venir a demostrarse plenamente cuando la Bestia, el Falso Profeta y el Anticristo lleven a cabo la Satánica rebelión a su terrible final.

El carácter típico del Canaanita

Si bien nada menos que una encuesta de toda la Biblia sería necesario para extraer en pleno los detalles del conflicto de las edades, nosotros creemos que, si se llevara a cabo, las características esenciales ya aludidas permanecerían inalterables, aunque puedan ser más claramente comprobadas a la luz de un estudio más pormenorizado. Una vez que sin embargo no podamos contemplar un estudio tan exhaustivo en esta serie, pasaremos adelante viendo otros aspectos del sujeto, y en este artículo nos gustaría antes bien examinar el triunfo final de la verdad, en vez de extendernos más sobre el triunfo temporal del mal. Para este propósito, podremos encontrar mucha ayuda en el registro del paso del Jordán del

pueblo de Israel, la caída de Jericó, el reparto de la Tierra Prometida, y la añadida recompensa otorgada a Caleb, el vencedor. Antes de exponer la situación al borde del Jordán, será necesario volver atrás en la historia para descubrir algo del origen y propósito de los habitantes Canaanitas de la Tierra Prometida contra quienes la ofensiva de Josué se dirigió.

¿Quiénes eran los Canaanitas? ¿Cómo llegaron a Palestina? Y ¿Cuál es su espiritual significado? Los Canaanitas eran un pueblo descendiente de Canaán, el hijo de Cam, que era un hijo de Noé. Recordaremos que después de despertar de un sueño inducido por la ingestión del vino que había producido, Noé, con una intención profética, pronunció una maldición sobre Canaán, la descendencia de Cam. En la Escritura por tanto Canaán sobresale como estando en enemistad y sujeto a una maldición.

La “Tierra de Canaán” es el nombre del territorio que conocemos como Palestina, y el Territorio de la Promesa, y es importante y significativo en conexión con la analogía del conflicto territorial que estamos utilizando, señalar cómo y cuándo el territorio de Canaán, y los propios Canaanitas en sí, aparecen por primera vez en las páginas de la Escritura. Abram había recibido el llamamiento de Dios a salir de su tierra y a dirigirse a un territorio que Dios le mostraría, y Génesis 31 registra el inicio de la respuesta de Abram:

- “Y salió con ellos de Ur de los caldeos para ir a la tierra de Canaán, y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí” (Génesis 11:31)

El viaje comenzó, es cierto, pero se quedó muy corto, pues habiendo llegado a Harán, se quedaron habitando allí. Pero después de muerto el padre de Abraham, Taré, Abram obedeció al divino llamamiento:

- Tomó, pues, Abram a Sara su mujer...y salieron para ir a tierra de Canaán, y a la tierra de Canaán llegaron” (Gén.12:5).

Este segundo paso fue seguido de un tercero. Abram atravesó una porción del territorio de More, pero en vez de tomar en posesión la Tierra Prometida y establecerse allí, lo encontramos “morando en tiendas”, no

tomando en posesión territorio alguno sino tan solo un lugar de sepultura, por el cual pagó en dinero a su propietario. Este tercer paso se explica parcialmente por la siguiente referencia al Canaanita en Génesis 12:6: “Y el Cananeo estaba entonces en la tierra”. La observación de *La Companion Bible* sobre este pasaje es el siguiente:

- “Es evidente que desde el llamamiento de Taré y Abraham, Satán sabía la línea por la cual “la simiente de la mujer” (3:15) vendría al mundo. En el capítulo 6 vigilaba la totalidad de la raza humana. Ahora apunta su ataque sobre Abraham y su territorio. Aquí tenemos la segunda explicación de las palabras “y también después” en 6:4. Satán ocupó de antemano el territorio para obstaculizar el avance. El Cananeo “estaba allí” – “ya se encontraba allí” (13:7). La progenie del posterior intento para corromper la raza tuvo que venir a destruirse por la espada de Israel, tal como en los días de Noé lo había sido por el diluvio. Este atentado para corromper la “simiente” es evidente en Génesis 3, en Génesis 4, y en los dos ataques hechos sobre Sara tal como se registra en Génesis 13:11-20 y Génesis 20”

Que estos Canaanitas o Cananeos no eran puros en sus genes de Adán se hace evidente por la descripción que se les da. Leemos de la raza de los *gigantes* llamados *Anakim, Rephaim, Nephilim*, etc., y debemos esperar en el transcurso de las eras los “hombres” de Satán apareciendo sobrenaturalmente dotados.

Volviendo al registro de Génesis 11 y 12, somos conscientes que el alto llamamiento en Harán y la declaración de que cuando Abraham se introdujo en el territorio el Cananeo *ya estaba allí*, se vinculan conjuntamente de manera intencional. Veremos que estos Canaanitas son de hecho indicados como usurpadores que deben ser desalojados, y que el intervalo durante el cual esta usurpación se efectuó se vincula con un propósito moral. El intervalo que capacita a Satán impedir la entrada de Abraham en el territorio se atribuye a la humana fragilidad, pero cuando leemos Génesis 15 venimos a ser conscientes de otro aspecto de esta misma circunstancia.

Abraham es avisado por Dios de que su simiente, que está destinada a habitar el territorio de Canaán, sería, no en tanto, durante un cierto tiempo, “extranjero en una tierra que no es de ellos”; que habría un periodo transcurriendo de cuatrocientos años antes de su regreso, con gran riqueza, y la razón interna que se da por este intervalo en el extranjero es: “En la cuarta generación volverán aquí de nuevo, pues la iniquidad de los Amorreos no ha llegado a su colmo” (Gén.15:16). El fracaso de Israel a la hora de poseer el territorio de la promesa se vincula de manera muy íntima por tanto con medidas más profundas del plan divino. Satán y los Canaanitas son “permitidos”. Vendrán a ser juzgados, cuando el tiempo sea el apropiado, pero mientras tanto el verdadero heredero de la promesa aguarda pacientemente por el último triunfo de la fe.

Cuando llegó el momento para Israel introducirse y tomar posesión de su heredad, el Canaanita bloqueó el camino, y así vinieron a ser objeto del ataque de Israel. No podemos tratar con Josué, el Jordán y Jericó aquí, pero retomaremos el tema de la relación del Canaanita con la entrada de Josué en el territorio y su conquista, como una secuela de la entrada de Abraham y su usurpación, en el próximo artículo de esta serie. Anticipemos no en tanto el último fin de la batalla citando un pasaje de los profetas.

- En aquel día estará gravado sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVÁ; y las ollas de las de la casa de Jehová serán como los tazones del altar. Y toda olla en Jerusalén y Judá será consagrada a Jehová de los ejércitos; y todos los que santificaren vendrán y tomarán de ellas, y cocerán en ellas; y no habrá en aquel día más mercader en la casa de Jehová de los ejércitos (Zacarías 14:20, 21).

La conquista de Canaán

En nuestro último artículo vamos a ocupar la mayor parte de nuestro espacio a la consideración del típico carácter del Canaanita (o Cananeo), y veremos que en el Canaanita tenemos un ejemplo del método de Satán intentando impedir los propósitos de Dios, y suplantar los verdaderos herederos de la promesa.

Se observará, no en tanto, que, como siempre, el agresor se halla primeramente en el terreno y, durante un cierto tiempo, aparentemente, con cierto éxito en sus objetivos; sin embargo, como en esencia la victoria final asienta sus bases sobre la verdad y la justicia, a menudo, es por eso mismo correspondientemente lenta, puesto que ninguna ventaja injusta puede emplearse o tener lugar. Una razón más por la larga demora es un principio sugerido en las palabras de Génesis 15:16: “La iniquidad de los Amorreos no ha llegado todavía a su colmo”. Pero, finalmente, bajo el liderazgo de Josué, el tiempo para la entrada de Israel en su heredad llegó, y en la aproximación al territorio, y en algunas declaraciones hechas en el registro de la conquista de Palestina, se pueden observar ciertos presagios del gran conflicto de las edades.

Hay ordenes explícitas dadas por Dios a Josué prohibiendo a Israel de atacar o intentar apoderarse de la herencia de Esaú, Moab y Amón: “No os *metáis* con ellos” (Deut.2:1-5, 8-12. 18-21). Descubrimos que Esaú, Moab y Amón encontraron “gigantes” en posesión de sus territorios, y arrojándolos “habitaron en lugar de ellos”, “al modo como Israel lo hizo en el territorio de sus posesiones” (Deut.2.12).

El acceso a la heredad de Israel estaba impedido por los Amorreos, y la voz de mando pronunció: “He aquí, he entregado en tu mano a Sehón rey de Hesbón, amorreo, y a su tierra; comienza a tomar posesión de ella, y entra en guerra con él (Deut.2:24).

Cuando el lector descubre que las palabras “no os *metáis*” de Deuteronomio 5, e “*hicieron*” de Deuteronomio 2:29 son una misma en el original, entonces percibe que hay un principio en operación diferenciando a Esaú, Moab y Amón de los Canaanitas. Esta información probará ser de provecho cuando lleguemos a examinar la cuestión en cuanto a quienes sean los enemigos contra quienes el creyente está autorizado a contender en el conflicto espiritual.

El paso del Jordán, la presencia y el poder asociados con el Arca y una gran parte de la preciosa y típica enseñanza contenida en Josué 3:5 no pueden ahora ser tratadas en pormenor, pero el lector podrá volver a leer

los artículos en el Vol.25 que tratan con este gran episodio. La tomada efectiva de Jericó, sin embargo, debe tener un lugar en esta presente serie, y llamamos particularmente la atención a un sobresaliente aspecto del asedio. Nos referimos al extraño rodeo de la ciudad durante siete días, culminando, en el último día, en el colapso de sus muros, seguido del séptuplo asalto de la ciudad en dicho día.

Las trompetas empleadas en esta ocasión no son las trompetas de plata especificadas en Números 10:1, 9, sino las trompetas de cuerno de carnero y las “trompetas del jubileo”. La palabra “jubileo” es una traducción de la palabra hebrea *Yobel*. Su primera ocurrencia está en Éxodo 19:13, y la última en Josué 6:4-13. Las restantes ocurrencias se hallan todas en Levítico y Números.

- Y contarás siete semanas de años, siete veces siete años, de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a ser cuarenta y nueve años. Entonces harás tocar fuertemente la trompeta en el mes séptimo...pregonaréis libertad...y volveréis cada uno a vuestra posesión...” (Lev.15:8, 9).

El sonido de la trompeta sobre el séptimo día del rodeo de Jericó es profético:

- En los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como Él lo anunció a sus siervos los profetas (Apoc.10:7).
- séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor, y Él reinará por los siglos de los siglos...se airaron las naciones, y Tu ira ha venido...y el arca de Su pacto se veía en el cielo (Apoc.11:15-19).

Al tiempo que la caída de los muros de Jericó en la hora de Israel entrar en el territorio fue profético del fin, aquel triunfo inicial de fe es seguido por una historia de movimiento lento en la cual muchas lecciones se aprenden de paso. Entre ellas podemos ejemplificar tres que aportan su peso sobre nuestro tema.

- (1) La tomada del territorio (Josué 10:23).
- (2) La posesión del territorio (Josué 13).
- (3) La recompensa de la herencia (Josué capítulos 14, y 15).

Estas tres fases precisan ser cuidadosamente distinguidas. En primer lugar, hay una gran diferencia entre “tomar” el territorio y llegar a “poseerlo”.

- Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución por las tribus (Josué 11:23).
- Siendo Josué ya viejo, entrado en años, Jehová le dijo: Tú eres ya viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por poseer (Josué 11:1)

La tierra fue “dividida” (Josué 13:7) antes que estuviese “en posesión”, y podemos encontrar doctrinas paralelas en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, en Rom.6:6 leemos que “el viejo hombre” fue crucificado con Cristo, sin embargo, tal como Dios dijo que expulsaría al enemigo delante de Israel “no...en un año” sino “poco a poco” (Éxodo 23:27-30), del mismo modo, aun cuando el hombre viejo fue crucificado en la cruz, y aun cuando al creyente nunca se le exhorte a esforzarse intentando aquello que solo Cristo ha cumplido en la cruz, no obstante, se le exhorta a poner de lado el hombre viejo con sus hechos, y a repudiar su original comportamiento (Efesios 4:22; Colos.3:9).

En la conclusión de este artículo nos gustaría referir la distinta línea de verdad que trata del asunto de la recompensa por el fiel servicio, en cuya conexión se refiere al vencedor que sigue enfrente a perfección, así como del competir en una carrera y la obtención de un premio. Colosenses 1:12 habla de “la herencia” en términos de un gratuito e inmerecido don; sin embargo, Colosenses 3:29 habla de “la recompensa de la herencia” en conexión con el fiel servicio. Este aspecto se encuentra en el registro de la conquista de Canaán, no en Jericó ni en la tomada del territorio, sino en conexión con Caleb, cuya añadida porción se denominó Hebrón “debido a que él siguió al Señor Dios de Israel de todo su corazón” (Josué 14:6-15).
